

ROMANCES VULGARES.

SECCION DE ROMANCES VULGARES CABALLERESCOS.

ROMANCES DE CARLO-MAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA QUE CONTIENEN: EL DESAFIO DE OLIVEROS Y FIERABRAS, LOS AMORES DE FLO-RIPIES Y GUI DE BORGONA, CON OTRAS MUCHAS AVENTURAS, AMORES Y GUERRAS. ASIMISMO SE REFIERE LA BATALLA DE RONCESVALLES, LA MUERTE DE ROLDAN Y DE OTROS PARES DE FRANCIA, TODO SEGUN EL LIBRO VULGAR DE CARLO-MAGNO Y LA CRONICA DEL ARZOBISPO TURPIN.

1255.

CONQUISTADA ROMA Y APODERADO DE LAS RELIQUIAS SANTAS, EL ALMIRANTE BALAN INVADE LA FRANCIA, Y COMO SU HIJO EL GIGANTE FIERABRAS DESAFIO A LOS DOCE PARES, Y SE BATIÓ EN DUELO SINGULAR CON EL FAMOSO OLIVEROS.— I.

(De Juan José Lopez¹.)

Suenen cajas y clarines
Y sonoros instrumentos
En acordes consonancias
Por los espacios del tiempo,
Para dar claras noticias
Del caso mas estupendo,
La mas reñida batalla
Y los mas recios encuentros
Que ha habido entre espada y lanza,
Mano á mano y cuerpo á cuerpo.
Ya sabrán que hubo en Turquía,
En nuestros pasados tiempos,
El almirante Balan,
Señor de todos sus reinos.
Este tal tenia un hijo
Agigantado en su cuerpo,
Que con quince piés de largo
Era una torre de huesos,
Y por su grande valor
Este nombre le pusieron:
Fierabras de Alejandria,
El que á nadie tuvo miedo.
Apénas tuvo veinte años,
Cuando, obstinado y soberbio,
Con su ejército salió
Y vino al romano imperio,
Poniéndole sitio á Roma
Con muy dañados intentos.
Al fin venció la batalla,
Haciendo muchos excesos,
Y al Apostólico dió
Muerte, y á otros caballeros,
Saqueando las iglesias
Y derrotando los templos;
Halló las santas reliquias
Donde fué el Señor envuelto,
Y á sus tierras las llevó.
En aqueste mismo tiempo,
En esa corte de Francia,
Habia criado el cielo
Un Carlo-Magno que fué
Azote de los protervos;

Le dió el Señor doce hombres
Para su acompañamiento
Llamados los Doce Pares,
De grande valor y esfuerzo;
Y viendo la ingralitud
De aquel pagano soberbio,
Para defender la fe
Todos juntos se opusieron.
Se comenzó la batalla
Con tanto valor y esfuerzo,
Que andaban los Doce Pares
Derribando caballeros,
Acuchillando turbantes,
Cotas y mallas de acero.
Pero viendo el Almirante
La pérdida de su reino,
Mandó retirar su gente,
Y con muy poco recelo,
A su hijo Fierabras
Lo ha llamado, así diciendo:
—Bien sabes, hijo querido,
Que estos doce caballeros
Que ha traído Carlo-Magno
Son hombres de tanto arresto,
Que me han muerto cien mil hombres,
Y entre ellos mis caballeros;
Y por el dios Apolin²,
Que les hago juramento
Que he de tomar la demanda
Y me he de vengar en ellos.—
Fierabras dijo: — Señor,
Eso queda de mi empeño;
Dadme licencia, iré á el campo
Donde tienen su real puesto,
Y los llamaré á campaña,
Por ver si puede mi esfuerzo
Uno á uno, ó dos á dos,
Darles fin á todos ellos.—
Se aparejó Fierabras
Y trajo consigo luego
Diez mil hombres á peon,
Dejándolos encubiertos.
Con esto se entró en el real
En altas voces diciendo:
—¿Adónde estás, Carlo-Magno?
Que hoy un solo caballero
Viene á pedirte campaña:
Envíame aquí á Oliveros
O al valeroso Roldan,
Que yo hasta seis los espero,
Y les mantendré batalla,
Hasta que dé fin de ellos.—
Viendo que nadie salia,
Determinado y soberbio
Se tendió al pié de un árbol,
Y se desarmó al momento,
Y tendido como estaba
Decia con gritos fieros:
—Carlo-Magno, ya has perdido
Tu fama y honor á un tiempo,
Que hasta agora has ganado,
Pues que á solo un caballero,

Que está pidiendo campaña,
No le dais el cumplimiento.—
Como Carlo-Magno oyó
Del bárbaro aquestos ecos,
A Ricarte de Normandía
Le preguntó, así diciendo:
—¿Quién es aqueste pagano
Que desatinado y ciego
Nos está desafiando
A cuantos hay en el reino?—
Ricarte dijo: — Señor,
Ese noble caballero
Es hijo del Almirante,
Y agigantado en su cuerpo:
Aquel que se metió en Roma
Con notable atrevimiento,
Robó las santas reliquias,
Por quien tanto padecemos.—
Mandó llamar á Roldán,
Estas palabras diciendo:
—Sobrino del alma mía,
A ti te toca este empeño,
En salir á la demanda
Con ese bárbaro fiero.—
Y Roldán dijo: — Señor,
Ni yo ni mis compañeros
No hemos de salir ninguno,
Porque bien sabeis por cierto,
Cuando en la escena pasada
De aquellos recios encuentros
Nos dijisteis en la mesa:
«Los ancianos caballeros
Hoy han ganado la fama;
Y á esos les toca primero
El salir á la demanda.—
Pero Carlo-Magno, viendo
La respuesta de Roldán,
Una manopla de hierro
Que tenía le arrojó
Con mucho furor é imperio:
Le hirió con ella en la cara,
Y Roldán al mismo tiempo
Metió la mano á su espada,
Y consiguiera el intento
De haberle dado la muerte,
Si los otros caballeros
No se pusieran delante.
De allí se apartó, sintiendo
La mala acción que hecho había
Con su señor y su dueño.
Viendo esto Carlo-Magno,
Se empezó á armar al momento
Para ir á la batalla;
Pero el buen conde Oliveros,
Que se hallaba mal herido,
Y ya estaba casi bueno,
Cuando supo la cuestión,
Llamó á Guarín, su escudero,
Diciéndole que le armase:
—Haz lo que te mando presto;
Y así que se vió armado,
Saltó de la cama al suelo,
Estirándose los brazos
Y manejando los miembros
Por ver si firmes estaban,
Y para mas prueba de ello
Saltó dentro de la sala
Un salto que le midieron
Veinte y cinco piés en alto;
Pero al caer en el suelo
Se le abrieron las heridas,
Y la púrpura vertiendo,
Mandó traer el caballo,
Y así que lo vió compuesto,
Sin poner mano en la silla,
De un brinco montó lijero;
Fué donde está Carlo-Magno,
Estas palabras diciendo:
—Muy poderoso señor,

Hoy llega este caballero,
Pidiéndote por merced
Le otorgues su pedimento.—
Y Carlo-Magno responde:
—Pide, que te le concedo.—
Le replicó: — Gran señor,
Hoy vuestra licencia espero
Para ir á la campaña.
—Esto no te lo concedo,
Aunque, si bueno estuvieras,
No tuviera ningun duelo.—
Galalón, que está presente,
Con sus dañados intentos
Le replicó: — Gran señor,
No es de nobles caballeros
El revocar las palabras,
Sino mantenerse en ello.—
Y Carlo-Magno responde,
Con el rostro algo severo:
—¿Tú tienes malas entrañas;
Pero al fin saldrá Oliveros,
Y mira que si fenece,
Darás satisfacción de ello!—
Le concedió la licencia,
Y se despidió lijero;
Se salió al campo gustoso,
Y dando en él un paseo,
Llegó donde el turco estaba,
Estas palabras diciendo:
—Pagano, empiézate á armar,
Mira que yo solo vengo
A mantener en batalla
Todo cuanto estás diciendo,
Y que no han de ser tus obras
Conforme tienes los fieros,
Que con la ayuda de Dios
Dentro de muy poco tiempo
Te he de llevar maniatado
A mi señor y mi dueño.—
Levantado ha la cabeza,
Y vió un hombre tan pequeño
Y tan sin pelo de barba,
Que traía tanto arresto:
—Vé, y dile á tu Carlo-Magno
Que tengo por menosprecio
De emplear en ti mis armas,
Que eres muy niño y pequeño.—
Oliveros ofendido,
Le respondió así diciendo:
—¿Si en levantarte te tardas,
Como á villano te hiero!—
Le amenazó con la lanza,
Y Fierabras á este tiempo
Se puso en pié vigilante,
Estas palabras diciendo:
—Si he de pelear contigo,
Dime tu nombre primero,
Tu calidad y nobleza,
Que si no eres caballero,
Aunque te venza en batalla,
Poco galardón espero.—
Le replicó luego al punto:
—Dime tu estado primero,
Yo te lo diré al instante.
—Sabrás que es mi nombre mesm
Fierabras de Alejandría,
El que á nadie tuvo miedo.
—Pues yo me llamo Guarín,
Y soy nuevo caballero,
La primera vez armado,
Y solo por eso vengo
A ganar honor y fama
Con la victoria que espero.—
Fierabras le dice: — Amigo,
Engañado estás en esto,
Porque si yo no tuviera
Piedad de tí, ha mucho tiempo
Que te hubiera dado muerte
Como á inocente cordero.

Vé, y dile á tu Carlo-Magno
Que me envíe aquí á Oliveros
Ó al valeroso Roldán,
Que deseo el conocerlos.—
Oliveros dice: — Amigo,
¡Juzgo que me tienes miedo
Segun la prosa me gastas,
Y dejas pasar el tiempo!
Yo de ninguna manera
No me voy de aqueste puesto,
Si no te vuelves cristiano,
O te llevo prisionero.
—Guarín, tú eres porfiado,
Y pues no tiene remedio,
Apercíbete á las armas,
Siempre me hallarás dispuesto.—
Se pusieron los escudos,
Y se apretaron los yelmos;
Tomó Fierabras la lanza,
Y está con ella blandiendo;
Se retiran uno de otro,
Y á la seña que se hicieron
Se arrancaron los caballos,
Y fué tan recio el encuentro
De los dos tremendos golpes
Que el uno al otro se dieron,
Que se quebraron las lanzas,
Y ambos á dos caballeros
Sobre el arzon de la silla
Ambos quedaron de pechos.
Meten mano á las espadas,
Y como lobos sangrientos
Se embisten el uno al otro,
Dándose golpes muy recios:
Mas de dos horas y media
Duró el combate primero.
Cansados de pelear,
Mal heridos y sangrientos,
Fierabras le pidió treguas,
Estas palabras diciendo:
—Paremos á descansar,³
Porque ningun caballero
Tanto me duró delante,
Ni ha fatigado mi esfuerzo
Ninguno en aqueste mundo
Sino es tú; mas yo no entiendo
Que seas el que me dices,
Sino es uno del infierno.
Aquí por cierta verdad
Debajo de juramento,
Por aquel Dios que veneras,
Y aquella que está en el cielo,
Que me digas la verdad.—
Y le respondió Oliveros:
—Pagano, ¿quién te enseñó
Con seguridad y acierto
A conjurar los cristianos,
Que no se nieguen á ello?
Sabrás por cierta verdad
Que soy el conde Oliveros.—
Fierabras le dice: — Amigo,
Me alegro el conoceros,
Y perdona los desaires
Que te hice de primero.—
Dejemos en este estado
Este romance primero,
Que en otra segunda parte
Diré de los caballeros.

(Carlo-Magno, Pliego suelto.)

⁴ La degeneración ó cambio de los romances populares viejos ó antiguos al vulgar es ménos rápida en los de Carlo-Magno, porque los unos y el otro están formados sobre el mismo tipo ó crónica, modelo único de ellos, que ha atravesado los siglos y llegado á nosotros sin mas alteración que la del lenguaje. Los primeros romances de Juan Lopez pertenecen, así como la primera parte de la historia ficticia vulgar de Carlo-Magno, á invenciones muy posteriores, aunque colocadas como preliminares ó hechos anteriores á los que se refieren en la falsa crónica de Turpin, que aunque refiere otros posteriores, es sin

embargo mucho mas antigua. Los dos últimos romances del mismo Lopez, aquí insertos, están tomados de la segunda parte de aquella dicha historia, que es, por decirlo así, una reproducción del contenido de la crónica que empieza contando la venida de Carlo-Magno á España, y Santiago de Galicia por inspiración divina, el hallazgo de su cuerpo santo, la conquista de una parte del reino, y concluye en fin por la batalla de Roncesvalles, con la muerte de Roldán, de Oliveros y de otros Pares de Francia, causada por la felonía de Galalón. Muchos atribuyen la crónica al siglo XI, pero pesadas todas las razones, nos parece que no excede en antigüedad al siglo XII ó principios del XIII. Es muy digno de notar, que en esta crónica tan antigua nada se habla, ántes supone lo contrario, de las tradiciones españolas, sin duda mucho mas modernas, que suponen la renuncia del trono de Castilla, hecha por Alfonso el Casto, en favor de Carlo-Magno, ni de la intervencion de Bernardo del Carpio y de los cristianos de España en la batalla de Roncesvalles. Nuestros épicos y romanceristas, á la verdad, no han sabido, como los italianos, aprovecharse de la crónica que en medio de su rudeza y falta de arte ha creado la interesantísima situación de los últimos momentos de Roldán.

² Ann en el siglo pasado el vulgo creía que los moros eran lo mismo que los idolatras ó paganos.

³ Aquí y en otras partes es Fierabras una copia del Ferragus de la crónica de Turpin.

1254.

PROSIGUE LA BATALLA ENTRE OLIVEROS Y FIERABRAS. VENDIDO ESTE Y MAL HERIDO, ES TRASLADADO AL CAMPO DE CARLO-MAGNO, DONDE PIDE Y OBTIENE EL BAUTISMO. AUNQUE VENCIDOS LOS TURCOS POR LOS CRISTIANOS EN UN ENCUENTRO, CAUTIVAN Á OLIVEROS Y OTROS CUATRO DE LOS DOCE PARES.— II.

(De Juan José Lopez.)

Si con la primera parte
Dije que los caballeros
Se quedaron en el campo
Mal heridos y sangrientos,
Y puestos á descansar,
Fierabras dijo á Oliveros:
—Has de saber, noble Conde,
Que he estimado el conoceros,
Y ahora si tú quisieras
Que hiciéramos un propuesto,
De que olvidaras tu ley,
Te vieras á mi reino,
Te casaras con mi hermana,
La mejor dama del pueblo,
Floripes, bella princesa,
Y mi padre de sus reinos
Te alargara algunas tierras;
Tambien yo hiciera lo mesmo,
Y que luego los dos juntos
Viniéramos á este imperio
A dar guerra á Carlo-Magno,
Haciendo siempre el concepto
Que todo cuanto se gane
Será para vos, y luego
Te coronarán por rey
De todo aqueste reino.—
Oliveros respondió:
Amigo, no me habléis de eso.
¿Cómo quereis que hoy olvide
A un señor tan sabio y bueno,
Que con su grande poder
Crió la tierra y el cielo,
Aves, plantas y animales,
Y todo cuanto hay terreno,
Por adorar á los tuyos,
Que son falsos y embusteros,
Hechos por mano de hombres?
Mejor será y mas acierto
Que tú te vuelvas cristiano,
Y serás mi compañero
Para defender la fe
De Cristo, redentor nuestro.—
Fierabras dijo: — Eso no.—
Y se fué luego al momento
Donde estaban los barriles,

Y tomando un sorbo de ellos,
Al instante se halló sano;
Y esto que vido Oliveros,
A la purísima Virgen
Esta súplica le ha hecho:
—Sacra y celestial Princesa,
María, madre del Verbo,
A vuestras divinas plantas
Hoy humildemente llevo,
Pidiéndote, Madre mía,
Me déis luz, favor y acierto,
Para poder conquistar
Este pagano soberbio.—
Fierabras le dice: — Amigo,
¿Qué oración es la que has hecho?
¿Con ella te has de sanar?
Hoy por merced te concedo
Que vengas á mis barriles
Y tomes un sorbo de ellos,
Y al instante estarás sano.—
Y le respondió diciendo:
—No quiero yo nada tuyo,
Si no lo gano primero.—
Volvieron á la batalla
Como dos leones fieros;
Pero Guarín su criado,
Que todo lo estaba viendo,
Fué, y dijo á Carlo-Magno
Ruegue á Dios por Oliveros,
Que estaba en grande peligro.
Con grande fervor y celo
Ante un divino Señor
Dijo de rodillas puesto:
—¡Dulce Jesús de mi vida,
Humilde y manso Cordero,
Consuelo del afligido,
Mirad por mi caballero!—
Y estando en estas fatigas,
Oyó una voz que del cielo
Le decía: — Carlo-Magno,
No tengas temor ni miedo,
Porque ello, aunque sea tarde,
Será tuyo el vencimiento.—
Volvamos ahora al campo,
Donde están los caballeros
Con las armas destrozadas,
Desbaratados los yelmos,
Las viseras quebrantadas,
Los escudos por el suelo;
Pero en aquesta ocasión
El esforzado Oliveros
Le dió á Fierabras un golpe
Sobre el costado izquierdo,
Que gran parte de las armas
Les hizo venir al suelo,
Que desde el hombro á la ijada
Todo quedó descubierto;
Y rebatiendo la espada,
Cortó la cadena luego
Donde estaban los barriles,
Y ambos vinieron al suelo;
Pero al golpe que pegaron
Se escapó el caballo huyendo
Por el campo, sin que pueda
El ginete detenerlo.
Oliveros que esto vió,
Recogió pronto y ligero
Entrambos á dos barriles,
Y tomando un sorbo de ellos,
Se halló sano de sus llagas
Y con mas valor y esfuerzo;
Y en el río caudaloso,
Que estaba inmediato de ellos,
Fué y arrojó los barriles,
Y ambos á dos se hundieron.
Fierabras cuando los vió
Lleno de rabia y veneno,
Le dice: — ¡Muy noble Conde,
Mala acción es la que has hecho!

Que presto te han de hacer falta;
Y alzando el brazo soberbio
Para ir á descargarle,
Le hurtó vigilante el cuerpo,
Dió en el arzon de la silla,
Y rebatiendo al pescuezo
Del caballo, le dió muerte,
Con que quedó á pié Oliveros,
Diciendo: — Mira, pagano,
No es de nobles caballeros
Darle muerte á los caballos
Estando en campaña puestos.—
Le respondió vigilante:
—Yo de eso culpa no tengo,
Pero yo te daré el mio,
Aunque es verdad que lo siento.
—No quiero yo tu caballo,
Sino que te apees luego,
Y el que venza la batalla,
Ese quedará por dueño.—
Se desmontó Fierabras,
Y ambos á dos en el suelo
Arman tan cruel batalla,
Que parecía un incendio,
Que las chispas de las armas
Querían llegar al cielo.
Pero á los primeros lances
El valeroso Oliveros
Va á tirarle un gran golpe
A Fierabras con esfuerzo;
Mas él, así que lo vió,
Le hurtó vigilante el cuerpo,
Y sin poder detenerse,
Dió con la espada en el suelo,
Y se le fué de su mano;
Y así que lo vió indefenso,
Le dice: — Muy noble Conde,
Contéplate prisionero,
O te quitaré la vida.—
Y le respondió ligero:
—Obra como tú quisieres,
Que si no me llevas muerto,
No es posible el entregarme.—
Y alza el brazo soberbio
Para ir á descargarle.
En aqueste mismo tiempo
Con un pedazo de escudo
Que en la mano traía puesto,
Se lo tiró con gran fuerza,
Y con tiro tan certero,
Que le quebró la visera,
Y sobre el ojo izquierdo
Le metió toda la punta,
Y pegó un grito tan fiero,
Que el caballo se asombró,
Y á la parte de Oliveros
Vino y dió dos ó tres vueltas,
Y á él se arrojó ligero,
Y recobrando la una.
Se rodeo, así diciendo:
—Pagano, ya tengo espada,
Ahora aquí nos veremos.—
Fierabras le dice: — Amigo,
Mucho en el alma lo siento,
Ven, y tomarás la tuya,
Y dame la mía en premio.
—Primero quiero temprarla,
Por ver si es fuerte el acero,
Y si no es como la mía,
Luego despues trocaremos.—
Se embisten el uno al otro;
Pero á los lances primeros
Le dió á Fierabras un golpe
Que le cortó todo el yelmo
Y parte de la cabeza,
Y andaba como sin tiento:
Le aseguró una estocada
Por el costado izquierdo.
Cayó el bárbaro en la tierra,

Estas palabras diciendo:
—¡Oh valeroso cristiano!
Pues sin segundo es tu esfuerzo,
No me acabes de matar,
Que desde ahora confieso
Que es tu Dios muy poderoso,
Piadoso, infinito y bueno.
Llévame presto, cristiano,
Donde están tus compañeros,
Y dame el santo Bautismo,
Que por instantes deseo.—
Apénas aquesto oyó,
A él se arrojó diciendo:
—Levántate, noble amigo,
Que ahora curarte quiero
Las dos mortales heridas,
Que Dios te dará el remedio.—
Y Fierabras le responde:
—No dilates mucho el tiempo,
Porque tengo diez mil hombres
En ese monte encubiertos.—
Lo atravesó en el caballo,
Y montó á las ancas luego,
Y á pocos pasos que anduvo
Reparó y vió que salieron
Los que estaban en el monte;
Y delante un caballero,
Para librar su señor,
Viene mas veloz que un viento.
Oliveros dijo: — Amigo,
Mucho en el alma lo siento
El no poderte llevar
Donde están mis compañeros,
Que viene toda tu gente,
Y nos corre grande riesgo.—
Por la breña se metió,
Y en un árbol muy espeso
Lo dejó bien abrigado
Entre quejas y lamentos,
Y volviéndose al camino,
Vió venir al caballero
Bien adelante de todos
Determinado y soberbio.
Como no tenía lanza,
Quiso aguardarlo en el suelo;
Se desmontó del caballo,
Y llegó el turco soberbio,
Y al tiempo de ir á tirarle,
Pegó un bote muy ligero,
Y se metió por debajo
Y le agarró del pescuezo,
Y quitándole la lanza,
Tomó el escudo y el yelmo,
Que es lo que falta le hacía,
Y por despacharlo presto,
Con el pomo de la espada
Le pegó un golpe tan recio
Encima de la mollera,
Que le hizo saltar los sesos.
Se armó muy ligeramente,
Llegó la tropa á este tiempo,
Se entró por medio de todos
Sin el temor de los riesgos,
A unos hiere y á otros mata,
A otro derriba en el suelo,
Y como es tanta la gente,
Me lo pillaron en medio;
Dándole algunas heridas,
Lo llevaron prisionero.
Fué la nueva á Carlo-Magno,
El cual acudió ligero
Con la gente que tenía
A socorrer á Oliveros:
Se armó tan cruel batalla,
Que los once caballeros
Andaban por aquel campo
Como lobos carnívoros,
Y de los diez mil que había
No quedaron ni ochocientos.

Entónces del Almirante
Volvió á venir otro tercio;
Pero viendo Don Roldán
Que les ha entrado refuerzo,
Mandó recoger su gente
Para unir los caballeros.
Pero al tiempo de juntarse
Apresaron cuatro de ellos,
Y se ponen en huida
Con esta presa que hicieron.
En este tiempo Carlo-Magno
Fué recogiendo sus muertos:
Encontró con Fierabras,
Muy mal herido y sangriento;
Llevaronlo á Mormionda,
Y dentro de poco tiempo
Con bebidas y reparos
En breve en sí le volvieron;
Pidió que lo cristianasen,
Con grande fervor y celo;
Dieron cuenta al Arzobispo,
Y en la iglesia de San Pedro
Bautizan á Fierabras,
Donde sus padrinos fueron
El valeroso Roldán
Y el buen padre de Oliveros.
Pusiéronlo luego en cura,
Y así que se vió bueno,
Era azote de Turquía
Y castigo de protervos,
Porque en todas las batallas
Llevaba por compañero
Al caballero Roldán,
Mostrando muy bien su esfuerzo.
Y ahora Juan José Lopez
A los lectores discretos
En otra tercera parte
Les dirá el fin que tuvieron
Los cinco Pares de Francia
Que quedaron prisioneros.

(Carlo-Magno, Pliego suelto.)

4 El romancerista ha olvidado mencionar que Fierabras tenía en el caballo nueve espadas famosas, como las de Ferragus cuya copia es.

1255.

DE CÓMO FLORÍPES, HIJA DE BALAN, SOCORRIÓ Y ARMÓ Á LOS CABALLEROS CAUTIVOS DECLARÁNDOSE ENAMORADA DE GUI DE BORGÑA, Y ASIMISMO DE CÓMO EL ALMIRANTE ENVIÓ ENBAJADORES Á CARLO-MAGNO SOBRE EL RESCATE DE FIERABRAS, LOS CUALES SE ENCONTRARON CON LOS QUE CARLO-MAGNO ENVIABA AL PAGANO PARA EXIGIRLE SE CONVIRTIESE Y DEVOLVIESE LAS RELIQUIAS. BATALLA ENTRE LOS ENVIADOS DE UNA Y OTRA PARTE: LOS SIETE CRISTIANOS VENCEN Á LOS CATORCE TURCOS, Y PROSIGUEN SU CAMINO AL REAL CONTRARIO.— III.

(De Juan José Lopez.)

Ya dije cómo llegaron
Estos cinco caballeros
A poder del Almirante,
Que encolorizado y ciego,
Cuando supo que su hijo
Era herido y prisionero,
Los encerró en una torre
Orilla del mar soberbio,
Y cada vez que crecía,
Hasta la mitad del cuerpo
Todos se cubrían de agua.
Pero el buen conde Oliveros,
Viéndose en tan gran fatiga,
Decía con tristes ecos:
—¡Ah, desdichado de mí,
Que de esta suerte me veo!
¡Hombre mal afortunado!
Si permitiesen los cielos
Que yo saliera de aquí,

Desde luego les prometo
A los que niegan la fe
Castigarlos con mi acero.—
Y la hermosa de Floripes,
Que todo lo estaba oyendo,
Movida de caridad,
Estaba hiriendo su pecho
De amor á Gui de Borgoña,
Desde que vió en los torneos
Aquel cuerpo tan bizarro,
Tan valiente y tan discreto,
Que venció cuantos había
En la palestra, y con esto
La Princesa se abrasaba
En llamas del dios flechero;
Y por ver si entre ellos iba,
Llamó luego al carcelero,
Y le dice: — Brutamente,
Dime, ¿qué hombres son esos?—
El le responde: — Señora,
Son cinco caballeros,
Vasallos de Carlo-Magno,
Y grandes contrarios nuestros.—
La Princesa le responde:
—Yo pienso bajar á verlos.
—Por dos cosas no conviene
Que consigais vuestro intento,
Porque es el lugar hediondo
Y abominable en extremo,
Y bien sabes que tu padre
Me los entregó diciendo,
Que es con pena de la vida
Si alguno hablare con ellos;
Y fiarse de mujeres,
Suele tener grandes riesgos.
—Quitate de mi presencia,
Que eres ignorante y necio;
Tú también irás conmigo
Y escucharás lo que hablemos.—
Dijo que sí, y á la noche,
Amparados del silencio,
Fue la Princesa á la torre
Sola con un escudero,
Y en el hábito que lleva
Ocultó un palo bien recio.
Llegó al sitio señalado,
Y al tiempo que el carcelero
Fue á abrir la primer llave,
Le pegó un golpe tan recio
Con el palo que llevaba,
Que á sus piés le dejó muerto.¹
Entregóse de las llaves,
Y luego la trampa abriendo
Donde estaban los cristianos,
Entró, y así que la vieron,
Dijo Oliveros: — Señora,
¡Qué grande dicha tenemos
Los pobres encareclados!
Recibimos gran consuelo
En tu amorosa visita.—
Ella respondió diciendo:
—¿Qué sabes si mi venida
Es para daros tormento?—
Dijo Oliveros: — Señora,
En tan generoso pecho
No puede haber maldad,
Sino buenos pensamientos.
¡Bendito el que te crió
Tan bellísima en extremo!
Si mereciera, señora,
El poder lograr mi intento
Que te volvieras cristiana,
Yo te pusiera en mi reino,
Te diera el santo Bautismo,
Que es una joya sin precio,
Y estuvieras con tu hermano
Con grande gusto y contento;
Y si lograra la dicha,
Yo y mis cuatro compañeros

Del hallarnos bien armados
Y con buenos alimentos,
Los cinco fueran bastante
Para destruir tu reino
Y desterrar de tus tierras
A tu padre y á tus deudos.
—¿Quién eres tú, que así hablas
Determinado y resuelto,
Metido entre las prisiones,
Que amenazas á los sueltos?—
Respondió Oger de Danois:
—Señora, es tanto el deseo
Y voluntad de serviros
De mi señor, que así entiendo
Que la muy grande pasión
Le hace hablar sin concierto.—
Dijo Floripes: — Bien sabes
Defender tu compañero!—
Les preguntó por sus nombres:
—Yo soy el conde Oliveros,
Hijo del duque Regner,
Y grande servidor vuestro.
—¿Cómo venciste á mi hermano
Siendo tan buen caballero?
—Con el ayuda de Dios
Y la Reina de los cielos;
Y esa es la causa, señora,
Del hallarme prisionero,
Y lo tengo á grande dicha,
Por haber visto tu cielo.—
Floripes se sonrió,
Y les dice: — Caballeros,
Si vos me dáis la palabra
Debajo de juramento
De ampararme y defenderme
Y de guardarme el secreto
Sobre lo que soy venida,
Es por ver si un caballero
Que llaman Gui de Borgoña
Está en tu acompañamiento,
Que habrá tres años cabales
Que lo vide en los torneos
Y en las justas de mi prima
Hacer valerosos hechos,
Y desde entónces quede
Que no duermo ni sosiego
En pensar en su persona;
Y si lograra mi intento,
Y quisiera ser mi esposo,
Renunciara de mis reinos
Y me volviera cristiana,
Por tener tan dulce dueño.—
Dijo Oliveros: — Señora,
Ese noble caballero
Se quedó con Carlo-Magno;
Mas no os dé cuidado de eso,
Porque es muy amigo mio
Y mi muy cercano deudo,
Y hará cuanto yo le mande
Y cumpla á vuestros deseos.—
Floripes se despidió:
—Quedáos en paz, caballeros
Que ántes que amanezca el día
Os sacaré de este riesgo.—
Y partiéndose á su sala,
Previno luego al momento
Cinco muy hermosas damas
Que asistan los caballeros,
Y todas seis en cuadrilla
Hacia la mazmorra fueron,
Y una cuerda de diez varas
Se la echaron á Oliveros,
Y entre las seis lo sacaron,
Y luego con grande esfuerzo
El sacó á los otros cuatro,
Y así que fuera se vieron,
A cada uno les puso
Un vestido á lo turquesco.
Los llevó para su sala;

Dijo al señor Oliveros:
—¡Muy bien os cae el vestido!—
Y él le respondió muy serio:
—El hábito no hace el monje;
Mejor fuera y mas acierto
El hallarme bien armado
Para poder defendernos.—
Cenaron muy lindamente,
Y la Princesa á este tiempo
Sacó un cofrecillo de oro
Y dió á gustar á Oliveros
De aquel maná tan suave
Que envió Dios al desierto
A los hijos de Israel,
Y al instante se halló bueno.
Dando mil gracias á Dios
Quedaron los caballeros,
Y así que amaneció el día
Fue la Princesa á Oliveros
Diciéndole, que tenía
En aquel salon de adentro
Mas de doscientos vestidos,
Cotas y mallas de acero,
Y muy cortantes espadas
Para armarlos caballeros,
Y que cada uno á su cuarto
Lleve todos los pertrechos.
Dejemos aquí á Floripes
Con los cinco caballeros,
Y volvamos al Almirante,
Que hizo venir de sus reinos
Quince reyes coronados
Para que lleven un pliego
Adonde está Carlo-Magno
Pidiéndole con imperio
Que le diese á Fierabras
Por sus cinco caballeros,
Y que si no se lo envía,
Les dará la muerte fiero.
A este tiempo Carlo-Magno
También tenía dispuesto
Que saliese Don Roldán
Con otros seis compañeros
A llevarle la embajada
Al Almirante, diciendo
Que si no se bautizaba
Y daba los caballeros
Que tenía allá en su torre,
Que le hacia juramento
De quitarle la corona
Y destruirles sus reinos.
Salen de una parte y otra
Las embajadas á un tiempo.
Y en la mitad del camino
Don Roldán vido á lo lejos
Un escudron que venia,
Y partió á reconocerlos.
Se adelantó un gran distrito,
Y ellos, así que lo vieron,
Salió para recibirlo
El que hacia punta en ellos.
Le preguntó qué quien era.
—Somos siete caballeros,
Vasallos de Carlo-Magno,
Que pasamos con un pliego
Al almirante Balan.
—Eso no puedo creerlo;
Así entrégame las armas,
Te llevaré prisionero,
Hasta saber de tu vida.—
Y le respondió lijero:
—¿Cómo he de entregar las armas,
Que dirán mis compañeros
Que no soy para traerlas!—
Y el Principe muy soberbio
Puso la mano en su lanza,
Y Roldán como tan diestro
Al turco le guardó el golpe,
E hizo el suyo tan cierto,

Que le sacó de la silla,
Y á sus piés le dejó muerto.
Los otros luego al instante
Cruelles le acometieron:
Bizarro se defendía,
Y cuando sus compañeros
Llegaron para ayudarle,
Ya tenía siete muertos;
Pero el principe de Túnez
Pretendia escaparse huyendo,
Y Ricarte de Normandía
Salió para detenerlo:
Mas se le perdió en el monte,
Y él volvió á sus compañeros,
Y viendo que ya tenían
Todos los catorce muertos,
Desjarretan los caballos,
Y un gran concilio hicieron
Si irían á Carlo-Magno
A dar cuenta del suceso.
Don Roldán dijo: — Señores,
Mirad que los caballeros
Dirán volvemos atras
Temerosos de los riesgos.—
Llegan en fin á la puente,
Y el duque Naymes discreto
Engañó al gigante, y dijo
Cómo iban con un pliego
Para dar á Fierabras
Por los cinco caballeros,
El cual con esta alegría
Les dió puerta franca luego.
Llegaron hasta Aguas-Muertas,
Ya que estaba el sol bien puesto.
Y viendo que era ya tarde
Para recibir el pliego,
Contento y regocijado
El Almirante, entendiendo
Que vendria la embajada
Por los cinco caballeros
Para darle á Fierabras,
Mandó á su maestre luego
Que los hospede en su casa,
Adonde los dejarémos,
Porque en la otra cuarta parte
Daré de ellos cumplimiento.

(Carlo-Magno, Pliego sucro.)

¹ En los siglos medios debió ser muy comun este recurso muy caballeresco, pues se ve que así libertó tambien á Rugeri el principe León, su amigo.

1256.

DE CÓMO EL ALMIRANTE PRENDIÓ Á LOS ENBAJADORES, Y FLO
RÍPES ASTUTAMENTE LES LIBRÓ DE UNA MUERTE INMEDI
TA; Y DE CÓMO LOS ARMÓ Y REUNIÓ CON LOS OTROS CAU
TIVOS, ENTREGÁNDOLES UNA TORRE PARA QUE Á SÍ MISMO
Y Á ELLA DEFENDESEN, DONDE SE DESPOSÓ CON GUI D
BORGOÑA.— IV.

(De Juan José Lopez.)

Ya referi en la tercera
Que los cinco caballeros
Quedaron bien asistidos;
Pero el que se escapó huyendo
De la terrible batalla
En que los otros murieron,
Llegó y dijo al Almirante:
Sabed siete caballeros
En la mitad del camino
Se opusieron á los nuestros;
Pero fueron tan valientes,
Que dentro de breve tiempo
Dieron muerte á los catorce;
Pero yo me escapé huyendo,
Fiado de mi caballo:
Esta es la verdad por cierto,
Que si habeis de castigarlos,

Mirad, que no sean dueños
De poder tomar las armas,
Que si las toman, es cierto
Que no podrá sujetarlos
Todo el poder de tu reino.—
El Almirante, que oyó
Pronunciar aquestos ecos,
Clamaba luego a sus dioses,
Estas palabras diciendo:
—¿Adónde estás, Apolín,
Que han muerto a mis caballeros?—
Llegó Sortriban al punto,
Estas palabras diciendo:
—Muy poderoso señor,
Nuestros dioses son muy buenos,
Pues han traído a tu corte
A quien tanto mal te ha hecho:
Antes que amanezca el día
Te los tengo de dar presos.—
Mandó aprontar al instante
Con gran cuidado y secreto
Tres mil hombres de a peon;
Sortriban y el Rey se fueron
A la casa del Maestro,
Y entre los tres dispusieron
En franquearles las armas;
Entró la tropa a este tiempo,
Y sin poder resistirse
Los llevaron prisioneros.
Adonde está el Almirante
Entró el primer caballero:
Le preguntó que quién era,
Y le respondió resuelto,
Diciendo:—Yo soy Roldan,
Uno de los caballeros
Vasallos de Carlo-Magno,
Que venimos con un pliego,
Para traerlo a tu corte;
Pero los criados vuestros,
En la mitad del camino,
Poco corteses y atentos,
Procuraron desarmarnos,
Y dentro de poco tiempo
Dimos la muerte a catorce,
Y el otro se escapó huyendo,
Y aquí traigo sus cabezas,
Por si no queréis creerlo.
—¿Cuál diablo te envió acá?
—Quien te quitará tu reino,
Si no te vuelves cristiano
Y entregas los caballeros
Y las sagradas reliquias,
Porque ha hecho juramento
De quitarte la corona
Y destruirte tus reinos.
—No llevarás la respuesta,
Que dentro de breve tiempo
Has de ser descuartizado,
Y por los caminos puesto.—
Entró el segundo, y le dice:
—¿Quién es este caballero?
—Soy Ricarte de Normandía.
—¿Me alegro de conoceros
Que ahora me pagarás
Los agravios que me has hecho!—
Entró el tercero, y pregunta:
—¿Quién eres tú?—Y muy discreto
Dice:—Soy Gui de Borgoña.
—También tengo gran deseo
De pillarte en mi poder.—
Y le respondió al momento:
—Si tuvieras buena sangre,
O fueras buen caballero
Y te preciaras de noble,
No hicieras tú esos concetos
De querer darnos la muerte
Oprimidos y sujetos;
Sinó darnos nuestras armas,
Y preven todo tu reino,

Y si acaso nos matasen,
No moriríamos con duelo.—
Y Floripes, que escuchaba
De su querido los ecos,
Pronta se bajó a la torre,
Dice:—Señor Oliveros,
Ya ha llegado la ocasión
De que mostreis vuestro esfuerzo,
Y me pagéis las finezas
Que a vos y vuestros compañeros
He hecho en aquesta torre,
Que están siete caballeros,
Y entre ellos Gui de Borgoña,
Dentro del palacio mesmo
Del Almirante mi padre,
Que encolorizado y ciego
Los ha sentenciado a muerte,
Y también a vos con ellos.
Yo pienso ir a palacio
A ver si puedo traerlos,
Y si acaso no pudiese,
Lo que yo os suplico y ruego,
Que no seáis perezosos
En salir al desempeño.—
Fué Floripes al instante
Con gran cuidado y anhelo
A su padre, y le pregunta:
—¿Quién son estos caballeros?
—Vasallos de Carlo-Magno,
Los que tengo gran deseo,
Antes que coma, este día,
Darles castigos muy fieros.—
Floripes dijo:—Señor,
No conviene que tan presto
Ejecutéis el castigo,
Sino darle vado al tiempo;
Yo me los pienso llevar
Adonde los otros tengo,
Les daré fuertes martirios
Con grande rigor é imperio.—
Le concedió la licencia,
Y Sortriban a este tiempo
Le dice:—Noble señor,
No habrás leído en tus tiempos,
De las historias pasadas,
Y puedes saber por cierto
Que el fiarse de mujeres
Suele tener grandes riesgos.—
Floripes muy enojada
Se rodeó así, diciendo:
—¡Villano, lo pagarás!
¡Hoy por mí fe te prometo,
Que te has de acordar de mí!—
Y llevándose los presos
Donde los otros estaban,
Y allí con grande contento,
Cuando vio a Don Roldan
El valeroso Oliveros,
Mandó al punto que se armasen.
Por si viniese algun riesgo,
Y mandó poner la mesa,
Y todos juntos comieron,
Poniendo por cabecera
Al valeroso Oliveros,
Y a la deidad de Floripes,
Y luego al lado derecho
Al noble Gui de Borgoña,
A quien le dijo Oliveros:
—Sabrá usted, muy señor mío,
Que a vos solo le debemos
El que nos halleis con vida;
Y al verte libre del riesgo
En que te hallabas metido,
Darás agradecimientos
A la señora Floripes,
Que es nuestro amparo y remedio,
Y está tan aficionada
A tu persona, que en esto
Quiere volverse cristiana,

Porque tú seas su dueño,
Y yo le he dado palabra,
Y esto es preciso el hacerlo.—
Gui de Borgoña responde,
Diciendo:—Ya es demas eso;
Desde el instante que vi
La hermosura de su cielo
Quedé rendido a sus plantas,
Y el corazón tan sujeto,
Que mil vidas que tuviera
Todas las pusiera a riesgo
Por defender su persona
Y sacarla de este reino.—
Floripes avergonzada
Sacó de su hermoso dedo
Un anillo de esmeraldas,
Y se lo dió, así diciendo:
—Sea esta prenda testigo
Ahora, y en todo tiempo.—
Se dieron palabra y mano,
Y estando en estos conceptos,
Llegó para los palacios
Un famoso caballero,
Sobriño del Almirante,
Y preguntando por ellos,
Así respondió y le dijo:
—Entre cadenas y hierros
Los tiene mi hija Floripes;
Si queréis hablar con ellos,
Bajaos presto a la sala.—
Y lo ejecutó al momento;
Halló la puerta cerrada,
Y dió un empujon tan recio,
Que quebró la cerradura
Y el pestillo saltó luego;
Abrió la puerta y entró,
Y viendo a los caballeros,
Que están todos doce armados,
Casi temblando de miedo,
No quisiera haber venido
Por no hallarse en tanto riesgo.
Se levantó el duque Naymes,
Que es el mas anciano de ellos:
El procuró retirarse,
Pero el Duque en este tiempo
Le pegó con gran valor
Un puñetazo tan recio
Encima de la mollera,
Que le hizo saltar los sesos.
Floripes, cuando lo vido,
Tuvo gran placer en ello,
Y le dice:—¡Señor Duque,
No ha sido el golpe de viejo,
Sino de joven bizarro!—
Y él le respondió risueño:
—Pues otros verás mayores,
Si Dios me da buen acierto.—
Floripes dijo:—Señores,
Grande falta estoy haciendo,
Que mi padre está aguardando,
Y habeis de saber por cierto
Que no ha de comer sin mí,
Ni sin este caballero.—
Fué Floripes al palacio,
Y dijo a su padre mesmo
Que ella comer no queria,
Que se hallaba mal dispuesto
Su cuerpo por la cuestion
De aquel falso caballero.
Preguntó por Lucafer,
Y le respondió diciendo:
—Allá abajo quedó hablando
Con los otros caballeros.
—Pues corre y dile que venga,
Que se va pasando el tiempo.—
Se despidió cuidadosa;
Fué, y dijo a los caballeros
Si está todo prevenido,
O les falta algun petrecho,

Porque ya es hora que salgan,
Y pronto, los caballeros.
Salió Don Roldan delante,
Y el valeroso Oliveros,
Ricarte y Gui de Borgoña
Salieron de compañeros.
Don Roldan mató al Maestre,
Y el valeroso Oliveros
Le dió la muerte al rey Colde:
Gui de Borgoña a este tiempo
Subiendo a los corredores,
Mató siete caballeros;
Pero los demas que habia,
Temerosos de los riesgos,
Viendo la muerte cercana,
Muchos se tiran al suelo.
Solo quedó el Almirante,
Que al oír tan grande estruendo
Salió por una ventana,
Adonde lo recibieron
Los que estaban en la calle,
Y no se agravió ni en un pelo.
Quisieron salir afuera,
Y Floripes a este tiempo
Les rogó que no salieran;
Y el Almirante diciendo:
—¡Malditos sean mis dioses,
Que creo que están durmiendo,
Y esta falsa de Floripes,
Que en tal paraje me ha puesto!—
Viendo el palacio por suyo,
Recogen los bastimentos,
Llevándolos a la torre,
Donde recibidos fueron
De Floripes y las damas,
Adonde los dejaremos,
Porque en la otra quinta parte
Se dará fin al suceso.

(Carlo-Magno, Pliego sueto.)

1257.

BALAN SITIA LA TORRE, Y DERROTADO EN UNA SALIDA QUE
HICIERON LOS CABALLEROS, SE RETIRA LLEVANDO CAUTIVO
A GUI DE BORGOÑA, A QUIEN MANDA AHORCAR DELANTE
DE LOS SITIADOS; PERO ESTOS LE LIBERTAN. RICARTE SALE
DE LA TORRE Y AVISA A CARLO-MAGNO EL RIESGO DE LOS
SITIADOS. ACUDE ESTE A SU SOCORRO Y SE APODERA DEL
PELIGROSO PUENTE DE MANTIBLE, MATANDO AL GIGANTE
QUE LO DEFENDIA.— V.

(De Juan José Lopez.)

Apénas el Almirante
Se vió libre de este riesgo,
Hizo venir al instante
Todas las tropas del reino
Para que allí se juntasen,
Que pretende darle fuego
A Floripes, y a la torre,
Y a sus doce compañeros.
Y pasados ya tres días,
Hizo memoria en su acuerdo
De que Floripes tenia
Un cinto ceñido al cuerpo,
Que donde quiera que estaba
No faltaba el alimento.
Mandó llamar a Marjín,
Que era encantador protervo,
Y le dijo si podia
Con gran cuidado y secreto
Ir a quitarle a Floripes
El cinto que tiene puesto:
Dijo que sí, y a la noche,
En un diablo caballero,
Llegó al cuarto de Floripes,
Y hurtándole el cinto luego
De debajo de la almohada,
Y quitándole los lienzos